

AMORES GITANOS

Seudónimo: AUROCH

Después de su escala en Estambul, el barco de crucero en el que trabajaba atravesó el estrecho del Bósforo, el que separa Asia de Europa, y se internó en el mar Negro. Su nombre viene dado por el color de sus profundas aguas. Al estar más al norte que el mar Mediterráneo y ser dichas aguas mucho menos salinas, la concentración de microalgas es mucho mayor, haciendo que su color sea oscuro.

Había conocido a un camarero y un suboficial del barco, Omar y Julio, que eran aficionados al montañismo y la escalada y me habían ofrecido acompañarles en la excursión que iban a hacer a unas montañas de Rumanía para explorar una dolina de la que habían oído hablar. Yo ni siquiera sabía qué era una dolina, pero ellos me lo explicaron y me dijeron que no se necesitaba ser un experto alpinista para acompañarles. Tan sólo era necesario el equipo que ellos llevarían. Una dolina, según me aclararon, es una torca o sima que se abre en el suelo, como si fuera una cueva vertical. Estas formaciones suelen originarse en zonas kársticas por el hundimiento del techo de las grutas por las que fluye o ha fluido en el pasado una corriente de agua.

Desembarcamos en Constanza, el puerto rumano más importante y ciudad de vacaciones en verano. A nuestra llegada ya teníamos en el muelle esperándonos una furgoneta que cargamos con el equipo necesario para realizar la exploración. Julio se puso al volante y siguiendo las indicaciones de Omar, que viajaba con un mapa, nos pusimos en camino. Nos sorprendimos de encontrar una agricultura tan desarrollada en un país tan castigado en su época por el régimen brutal y represivo de Ceaucescu. Un gran número de europeos no dudaron en montar explotaciones en Rumanía, atraídos por el bajo precio de los terrenos agrícolas. De este modo,

contribuyen a reinventar los cultivos locales, sobre todo los biológicos. El país, con alrededor de quince millones de hectáreas de tierras cultivables, se está convirtiendo en el nuevo Eldorado de los agricultores en Europa. Miles de franceses, italianos, españoles, británicos, alemanes y daneses hacen las maletas y se marchan a este país, que entró en la Unión Europea en 2.007, con el fin de implantar explotaciones agrícolas. Se acabaron las tierras baldías y la sensación de abandono en los campos tras la época oscura de la dictadura.

En menos de una hora nos fuimos adentrando en una zona de lomas de suave pendiente con grandes praderas salpicadas de robles, abedules y hayas. Fuimos ganando altura poco a poco hasta llegar al lugar en que teníamos que abandonar la carretera y adentrarnos en una pista forestal sin asfaltar. Nos encontrábamos en el parque nacional Apuseni. Aquí el bosque se fue haciendo más denso y circulamos durante varios kilómetros por caminos de tierra que se mantenían en un estado bastante aceptable. Los árboles dejaron paso a un gran claro en el bosque y allí, en el centro, se abría un gran agujero de una forma circular casi perfecta, la dolina llamada Avenul Gemanata. Dejamos la furgoneta junto al camino, a unos cincuenta metros del borde, y nos acercamos caminando para echar un primer vistazo. He de reconocer que no estaba preparado para aquello. Los últimos árboles se encontraban a diez metros de la dolina, como si quisieran evitar su cercanía. Calculé que su diámetro sobrepasaría los veinte metros. La hierba crecía por todo el claro y se inclinaba al borde del abismo, del que colgaban mechones de hiedra y otras plantas colgantes suspendidos en el vacío. Con mucha precaución nos asomamos sobre la sima para ver que casi no se podía apreciar el fondo. Parecía una inmensa boca de la tierra que estuviese al acecho para tragarnos al más mínimo descuido. Me pareció una imagen siniestra y amenazante, pero mis acompañantes se mostraban impacientes y deseosos de comenzar el descenso.

Volvimos al vehículo para preparar todo el equipo y fuimos descargando cuerdas, mosquetones, poleas y todo lo necesario para bajar a la sima. Mis compañeros, más expertos que yo, establecieron los turnos de bajada, de tal forma que siempre hubiera al menos uno de nosotros en la superficie como medida de seguridad. Después de asegurar un punto de sujeción entre dos fuertes árboles, Julio fue el primero en acercarse al borde, lanzar la cuerda y comenzar a descender. Habíamos calculado que la profundidad de la dolina era de unos cincuenta metros, por lo que la doble cuerda que utilizamos tenía sesenta para un mayor

margen. Cuando Julio llegara abajo, el siguiente en descender sería yo. Aguardé a que lo hiciera con los inevitables nervios de la espera, hasta que se escuchó su voz con una curiosa reverberación. Omar me ayudó a ajustarme bien el arnés y la cuerda y me coloqué de espaldas al agujero. Con un nudo en el estómago dejé caer el peso del cuerpo hacia atrás hasta formar un ángulo de cuarenta y cinco grados con la pared y comencé a dar tímidos pasos hacia atrás bajando por la roca, adentrándome en las fauces de la montaña.

El descenso se hizo interminable, aunque después de pasada la mitad del recorrido comencé a disfrutar del rappel. Al llegar abajo, Julio me ayudó con los aparejos y lo primero que me llamó la atención fue la iluminación. La luz llegaba allí abajo muy atenuada, con matices verdosos causados por los penachos de hiedra colgantes y visibles motas de polvo suspendidas en aquel aire inmóvil. Estábamos sobre una inmensa roca del tamaño de una casa de campo. Había otras de diferentes tamaños, redondeadas, puntiagudas o afiladas como cuchillos. Entre unas y otras se abrían oscuros huecos de los que era imposible apreciar el fondo y de los que salía un aire muy fresco en contraste con el calor del exterior.

Después de un rato inspeccionando el entorno, Julio se dispuso a subir para dar ocasión a Omar de bajar. Al quedarme solo, no me atrevía a moverme demasiado del lomo de la roca, pero me fui percatando de que entre los intersticios de las piedras había algo más. Al acercarme a unos de aquellos objetos vi que se trataba de huesos. Quise pensar que eran los restos de alguna vaca o caballo, o de algún animal salvaje que de noche no se hubiera percatado del agujero y habría caído al abismo. Hubiera sido muy macabro pensar que se tratara de restos humanos.

La llegada de Omar me distrajo de mis pensamientos y me llegó el turno de subir. Comencé a hacerlo lentamente, como me habían indicado mis compañeros. El ascenso no resultó tan penoso como había creído debido a la comodidad del equipo que utilizábamos. Estaba a punto de llegar a la cima cuando me pareció escuchar un lejano murmullo de voces y música de guitarra. Me asomé por el borde de la dolina y pude ver cómo por el camino circulaba una variopinta caravana de carromatos de llamativas formas y colores. Los carros iban tirados por caballos o mulas y algunos de los gitanos caminaban junto a ellos cantando y jaleando. Daba la impresión de que se dirigían a algún lugar a celebrar algo, dada la alegría que mostraban. Los gitanos romaníes viajan libres de pueblo en pueblo, en cuyas afueras establecen su campamento con el objetivo de

buscar empleo ocasional y para vender sus productos. Las poblaciones de estos núcleos, por desgracia, suelen estar divididas. Mientras unos dan la bienvenida a los gitanos, otros los ven como una intromisión.

Me senté cerca de Julio a observar el paso de la animada caravana a medio centenar de metros de nosotros. En uno de los últimos carromatos se produjo un pequeño revuelo y pudimos ver cómo una chica salía corriendo velozmente en dirección a nosotros. Tras ella venían dos o tres mujeres llamándola y sus gritos ya no parecían muy festivos. Cuando llevaba recorrida la mitad de la distancia que nos separaba pude constatar que se trataba de una adolescente de unos quince o dieciséis años, con la desesperación marcada en el rostro y los ojos arrasados en lágrimas. Un segundo después me di cuenta de que ni siquiera nos veía. No se dirigía a nosotros, sino que iba derecha hacia el borde del abismo. Todos mis nervios se pusieron en tensión al percatarme de que sus intenciones eran las de arrojar al vacío, mientras sus parientes le rogaban a gritos que no lo hiciera.

Su trayectoria la conducía a sobrepasar el borde a tres metros de mi posición. Su velocidad no había disminuido ni un ápice, con lo que demostró que estaba totalmente decidida a saltar. Es en esos momentos cuando el cerebro no piensa. Es el corazón el que actúa y a mí me hizo saltar en paralelo a la orilla del agujero para interceptar su alocada carrera. Extendí los brazos y le hice un placaje digno de un jugador de rugby, rodeando su cintura con ellos. El golpe fue tan fuerte que sentí la exhalación de la joven al vaciarse sus pulmones de golpe. Pero lo peor fue que, debido a la velocidad que traía, no fui capaz de detenerla antes de llegar al borde y con el fuerte empujón, los dos caímos al vacío.

En décimas de segundo experimenté sensaciones tan dispares como el pánico, el dolor y la incomprensión. Me sentí atraído hacia las entrañas de la sima pensando en que aquel era mi final. Casi al mismo tiempo sentí un fortísimo dolor en el pecho, en la espalda y sobre todo en un hombro. Tardé un tiempo en comprender que aún llevaba puesto el arnés formado por las cuerdas y éstas habían impedido la caída con un tirón seco, produciéndome aquel repentino dolor. Cuando recibí todo el peso de la chica en mis brazos, algo pareció romperse en mi hombro. Al quedar detenidos por las cuerdas, nuestros cuerpos golpearon ahora contra la pared de la dolina, incrementando el intenso dolor que sentía en el hombro. Estaba convencido de que lo tenía roto, pero aunque así fuera, no pensaba soltar el cuerpo de la gitana que tenía abrazado por la cintura.

Enseguida sentí que alguien tiraba de las sogas y comenzaba a elevarnos. Una docena de cabezas se asomaba por el borde gimiendo y llorando como plañideras. Al fin, varios brazos fuertes tiraron de la niña hacia arriba liberándome de aquel doloroso peso y me ayudaron a salir de aquel infierno. Me tumbé boca arriba en la hierba y por señas indiqué que no me tocasen el hombro. Tras beber agua y recuperarme un poco me condujeron hacia el conjunto de carromatos, por detrás del grupo que llevaba a la semiinconsciente gitanilla.

Decidieron montar allí mismo el campamento e insistieron en que nos quedásemos a cenar y pasar la noche con ellos. Cuando les conté el dolor que sentía en el hombro, de entre las mujeres surgió una gitana que se me acercó decidida.

● Me llamo Jenica y soy la curandera – dijo -. Déjame ver ese hombro.

Era una mujer muy bella, de algo más de treinta años, con una larga melena negra ondulada y los labios sensuales de las gitanas. Pero su rasgo más llamativo eran sus ojos. Mientras uno era de un claro color avellana, el otro mostraba una coloración verde esmeralda. Me estuvo palpando suavemente la zona del hombro y llegó a una conclusión:

● No tienes nada roto. Solamente está dislocado.

Sin decir más, me dio un fuerte tirón que me hizo soltar un grito de dolor, pero el alivio fue casi inmediato.

● Muchas gracias, Jenica. Esto está mucho mejor.

Los hombres comenzaron a reunir leña y a formar un gran montón en el centro del círculo que habían formado con las carretas. Otros se dedicaban a soltar a las caballerías para que pudieran pastar antes de la noche. Las mujeres por su parte, encendieron varios pequeños fuegos cerca de los carros en los que se dispusieron ollas y cacerolas para preparar la cena. El sol ya empezaba a declinar cuando me encontraba junto a mis compañeros y tres ancianos se nos acercaron. Con mucha ceremonia nos agradecieron haber impedido que la niña se tirase por la dolina. En cuanto se retiraron, se acercó nuevamente Jenica para traermme un bebedizo.

● Tómate esto. Cuando se enfríe, la zona del hombro te dolerá y esto te aliviará.

● Gracias de nuevo – contesté -. Por cierto, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Por qué se quería arrojar a la sima la chica?

Dudó un momento antes de contestarme.

- Ileana es mi sobrina y tiene dieciséis años. Su padre le ha buscado un marido y esta noche íbamos a celebrar la boda. La iban a casar con aquel de allí, Razvan.

El individuo que me señaló probablemente triplicaba la edad de su prometida, su figura era más bien huesuda y su cara de rasgos afilados recordaba a la de un ratón. Se hallaba apoyado en uno de los carros afilando un palo con una gran navaja y parecía mirar en todas direcciones con expresión desconfiada.

- Mi hermana no estaba de acuerdo – continuó ella -, pero su marido se empeñó en emparejarla a ese... hombre.
- Por tu tono, me da la impresión de que no te cae demasiado bien.
- Tengo mis motivos. Pero bueno, el caso es que la chica está enamorada de un muchacho de su edad, Bukur, y él la corresponde.
- O sea que, como hoy la iban a casar con Razvan, ella ha preferido morir antes de hacerlo.
- Así es. Y no me extraña.

No quise profundizar demasiado en las rencillas de los gitanos y charlamos de otros temas hasta que llegó la hora de la cena. Al anochecer se sirvieron platos con palomas, pollos y conejos junto a guarniciones de verduras y potajes de garbanzos, todo ello aderezado con el ingrediente esencial de la cocina gitana: el azafrán. El vino corría a discreción, ya que los ancianos habían decidido aplazar de momento la boda pero sí celebrar que Ileana siguiera entre ellos, arrancada “in extremis” de las garras de la muerte. Jenica se había sentado junto a mí, mientras Julio y Omar se habían repartido entre las amigables gentes del grupo. El único que parecía no disfrutar era Razvan, con su mirada desconfiada y vigilante. Terminada la cena, le vi acercarse hacia donde nos encontrábamos y con una sonrisa taimada que mostraba unos afilados dientes, me dijo:

- Toma este vaso de vino y brindemos por la suerte que hemos tenido de que te encontraras en el camino de mi prometida cuando su alocada carrera casi la conduce a la muerte.

Alargué la mano para aceptar el vaso que me ofrecía y cuando me disponía a beber, Jenica apoyó su mano en mi antebrazo impidiéndome.

- ¡Un momento! - exclamó.

Las guitarras dejaron de sonar poco a poco y las conversaciones fueron disminuyendo hasta desaparecer por

completo. Tomó el vaso de mi mano y lo sostuvo a la vista de todos.

- Este hombre – continuó señalando a Razvan – ha intentado matar a quien ha salvado a mi sobrina.

Miré con aprensión el vino del vaso y después la cara de Razvan, que se mantenía muy serio, con su expresión de ratón astuto. La gitana siguió hablando.

- Le he visto echar polvo de cicuta al vaso antes de ofrecérselo a nuestro invitado. Así envenenó a mi marido hace ocho años, pero nunca lo pude probar. Ahora, aquí está la prueba.

El silencio era total. Aquella era una acusación muy grave. Transcurrió todo un minuto en el que sólo se escuchaba el canto de los grillos y el susurro de las hojas de los árboles. Al fin salió de entre la gente el que parecía ser el patriarca. Miró primero el vaso, después a los ojos de Jenica para al final hacerlo a los del gitano. Dirigiéndose hacia este último pronunció una sola palabra:

- Bebe.

La boca de Razvan se fue arrugando en un rictus de odio y repentinamente dio un manotazo al vaso que sostenía Jenica y lo derramó por la hierba. Aquella era la prueba de que la gitana estaba en lo cierto. Acto seguido, se dio la vuelta y empujando a algunos que formaban el círculo a nuestro alrededor, desapareció por entre dos carromatos. Todos nos quedamos en silencio y momentos después se escuchó el galope de un caballo desapareciendo con las últimas luces del crepúsculo. Acababa de presenciar un destierro en la implacable justicia gitana de Rumanía.

Me mantuve en silencio impresionado por aquella muestra de aplicación inmediata de la ley entre aquellas gentes sin ni siquiera tener que decir al acusado lo que tenía que hacer. Él ya lo sabía y también sabía que tenía que marcharse en aquel mismo momento. Se empezaron a escuchar poco a poco los murmullos de los miembros del grupo que fueron aumentando de volumen paulatinamente, mientras Jenica permanecía a mi lado en silencio. De entre las voces destacó el punteo de una guitarra. A la primera se le unieron otras dos y en poco tiempo los tristes acordes de los instrumentos se fueron animando para finalmente devenir en un alegre ritmo al que se unieron palmas y voces jaleando. Al término de una de las canciones, el patriarca pidió silencio y se situó cerca del centro del campamento, a espaldas de la hoguera.

- Hoy hemos perdido a uno de los miembros de nuestro clan... pero hemos recuperado a otro – dijo

señalando a la joven Ileana -. Esta niña ha demostrado que prefería la muerte antes que casarse con el hombre al que no amaba. Por eso, yo anuncio en este momento su compromiso con el hombre al que realmente quiere: el joven Bukur. ¡Que siga la fiesta!

El estallido de alegría fue tremendo. Jenica saltó como un resorte y acudió corriendo a abrazar a su querida sobrina que la recibió entre risas y lágrimas de felicidad. Todos querían felicitar a los novios y la música comenzó a sonar de nuevo con notas mucho más alegres que antes. Las cántaras de vino llenaban vasos y jarras y todas las caras se veían sonrientes. Varias mujeres salieron a bailar cerca de la hoguera formando un colorido revoloteo de manos sobre sus cabezas y de faldas alrededor de sus piernas. Jenica se acercó al lugar que había ocupado junto a mí y mirándome bebió un trago de vino. Seguidamente dio la vuelta y se incorporó al grupo de mujeres que bailaban. Sus sensuales movimientos y las miradas que me dirigía de vez en cuando hicieron que no pudiese quitar la vista de su cuerpo. Su piel parecía de oro a la luz de las llamas. En el frenesí del baile fue soltando los botones de su camisa para después anudar las dos esquinas inferiores por delante de su estómago. Yo no tenía ojos para ninguna otra y ella me dedicaba sus sonrisas entre vuelta y vuelta.

El flamenco que cantaban aquellos gitanos era la “manea” o “manele” en plural, ligeramente diferente al que yo había escuchado siempre en España y era un estilo de música balcánico derivado principalmente de las canciones de amor turcas, consideradas por muchos una forma de subcultura. Las primeras referencias al término aparecen en los textos rumanos fechados a principios del siglo XIX, durante el período de la soberanía feudal turca sobre los principados rumanos. El fenómeno está muy extendido en Rumanía, especialmente en áreas rurales y las vecindades urbanas menos favorecidas económicamente, pero está también presente en Bulgaria, Serbia, Albania y algunas zonas de Turquía. La corriente musical de la manea es una mezcla de la música tradicional rumana, influencias de música oriental, música balcánica, y también con una influencia muy fuerte de la música gitana de la Europa Central. Las letras de las canciones tratan generalmente sobre amor, enemistades, dinero, alcohol, y las dificultades de la vida. La manea es criticado por su contenido, que incluye, sobre todo, la jactancia de sus capacidades sexuales, su intelecto o la capacidad para atraer a miembros del sexo opuesto. Algunos cantantes utilizan intencionalmente rimas pobres

y repetitivas. A pesar de todo esto, una parte de la crítica dirigida a este estilo musical parece partir de consideraciones racistas, puesto que el género está fuertemente vinculado a la etnia Roma o gitana. Todas aquellas voces y sonidos me hicieron sentir como en mi propia casa, tranquilizando mi espíritu tras los acontecimientos vividos.

Cuando la pareja de novios salió a bailar, el resto de danzantes se retiró para dejarles libre el sitio, corearlos y animarlos. Jenica volvió a dejarse caer a mi lado riendo y con la respiración jadeante a causa del ímpetu del baile. Palmeamos y animamos a la pareja hasta que de nuevo se fueron sumando a ellos más bailarines, pero en esta ocasión, Jenica no lo hizo, quedándose junto a mí.

- Hoy es un día muy feliz – comentó -. Ileana al fin va a realizar su sueño.
- Se te nota muy contenta.
- Sí. Además, he consumado mi venganza con ese asqueroso gusano.
- ¿Es verdad lo de tu marido?
- Razvan quería que me casara con él, pero yo me revelé. Por fortuna mis padres eran comprensivos y consintieron en casarme con el hombre al que yo quería. Un año después de la boda, envenenó a mi marido como ha intentado hacerlo contigo.
- Pero por lo que veo, no fue castigado.
- No. Lo denuncié a los ancianos, pero como no pude probarlo, no quisieron castigarle. Después me enteré de que hablaron con él y le dijeron que si lo volvía a intentar, el destierro sería instantáneo.
- Y ciertamente, así ha sido.
- Al fin nos hemos librado de esa alimaña. Creo que la mayoría del clan se sentirá satisfecha. Pero no hablemos de tristezas. Esta noche es de alegría.

Al decir esto, me dio una suave palmada en la espalda, lo que me hizo dar un pequeño respingo. Ella, con mirada extrañada me dijo:

- ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes ahí?

Me soltó los botones superiores de la camisa y pudo ver las marcas en carne viva que me había dejado la soga al tirar de golpe del arnés cuando caímos por la sima, tanto en el pecho como en la espalda. Sin esperar

respuesta, me ordenó:

- Esto hay que curarlo. Vamos a mi carreta. ¿Cómo no me has dicho antes que tenías eso así?
- Es que hasta ahora no me molestaba demasiado – me disculpe.

La fiesta se encontraba en pleno apogeo cuando Jenica tirando de mi mano me condujo hasta el carronato. Portaba en la otra mano un farol cuya llama iluminó tenuemente el interior del vehículo. Todo se encontraba muy ordenado y en el aire flotaba un leve perfume de hierbas aromáticas. Tomando un almirez, lo depositó encima de una pequeña mesita y comenzó a sacar cajitas y bolsas con diferentes contenidos.

- Quítate la camisa y tumbate boca abajo en la cama.

Hice lo que me pedía y observé de costado cómo mezclaba los ingredientes, trocitos de plantas, polvos y un líquido espeso que me dio la impresión de tratarse de miel. Machacó todo el contenido del almirez metódicamente y cuando estuvo satisfecha con el resultado, se acercó a la cama con la mezcla en la mano. Pasó una pierna por encima de mi trasero y se sentó sobre la parte alta de mis muslos. Comenzó a aplicar el ungüento por las marcas de mi espalda directamente con los dedos. Al instante sentí un agradable frescor por donde pasaba y tras unos instantes, notaba cómo las heridas se entumecían y dejaban de producirme molestias. Jenica pasaba lentamente los dedos por mi espalda y la sensación era sumamente agradable, sumando el alivio producido por la poción al placer que me proporcionaban las caricias de la gitana.

Para la joven Ileana, aquel día resultó inolvidable. Para mí, lo fue aquella noche.